



---

no tienen cura ni herida, cuya enfermedad es sorda y permanente y está a punto de quitarles de su cara el último rastro de la alegría, este dolor no es nada si lo comparas, por ejemplo, con la miseria en los barrancos donde alguna vez quisiste ir conmigo, vivíamos como si el tiempo fuera ya para siempre eterno y tú fueras a tener para toda la vida esos años con los que subiste al avión la primera vez que te vi o la primera vez que viajaste conmigo o la primera vez que yo viajé, y tú sabes, lo sabes por lo que ya leías entonces o por lo que escribías, que escribir, y leer, y recordar lo escrito, e incluso tacharlo, o recordar lo leído, e incluso tacharlo, era una hermosa aventura, acaso lo mejor que se puede hacer en la vida y en el mundo, pero mucho antes que escribir o leer está viajar, eso dijiste, eso dices ahora, pero aquí estás, sentado, qué se hizo del viaje, estás sentado, sólo se escucha tu ruido, hablas solo, pero sé que me escuchas, gacela, te sigo llamando gacela, ahora que escucho el sonido del teclado y escribo la palabra *gacela* me viene al alma como un recuerdo veloz, estás y no estás, es una alegría y un dolor, escribo *gacela* y es una alegría y un dolor, siempre fue así, la plenitud y el fracaso siempre dándose la espalda como en un duelo a primera sangre. Gacela.

Escribo.

Pero antes de escribir pienso, estoy en Madrid, éstas son mis maletas, acabo de dejar la isla, regreso a Londres, estoy en medio de una calle de Madrid, es el mes de marzo, me espera el taxi, un avión, Inglaterra, soy un periodista, aquí estoy, abordando una puerta nueva, me acuerdo de esa frase de *El extranjero*, pero esta puerta sólo me lleva a la incertidumbre, no es, no lo podría ser, la puerta que se abre a mi desgracia, o sí, quién sabe qué es una puerta, quién sabe qué hay detrás de una puerta, aquí estoy, en este instante, la puerta abierta del taxi, me espera,

---

he ido a buscar las maletas, negras, nuevas, amplias, son las maletas que he comprado en este mediodía soleado de Madrid unas horas antes de abordar el avión que me lleva a Londres, hablo solo, estoy acercándome al avión, te llamo, siempre hubo un teléfono para mí, en cualquier sitio del mundo, y tú. Tú me escuchas, supongo, pero estoy muy lejos, tan sólo estoy pensando, solo, hablo solo, yo estoy en Madrid, me voy.

Y de pronto, mientras piensas, mientras pienso, mientras escribo, mientras estreno esta soledad absoluta, el silencio de la escritura, mientras pienso, delante del ordenador, rodeado de las cosas que siempre quisiste tener, libros, el sonido de una máquina de escribir, el rugido lejano de los aviones, cartas sin abrir, llamadas de amigos del colegio o de la vida, cuando va a oscurecer y el cielo se pone naranja y tú viajas por las autopistas infinitas de países que sueñas, pasa un hombre, se para ante ese cuadro en el que el cielo y el sol se confunden de día, entra, te dice hola con la voz rota, tú le ofreces una silla, él se sienta trabajosamente, repasa con su mirada desvaída, difusa, tu propia mirada, tú le dices cualquier cosa, le hablas del tiempo, el viento de hoy, ahora el mar está en calma, tú se lo señalas, ahí, ahí está el mar, después de la oscuridad de este cuarto está el mar, es lo que reverbera, él hace un esfuerzo enorme por escucharte, y al final de tu historia, cómo te va, qué has hecho, los años que han pasado, los días, estos minutos eternos en que él intenta sentarse en la silla que le ofreces, él te dice que te va a contar un cuento en el que hay dos pájaros ingleses, ha elegido que sean ingleses, no pueden ser de otro lugar, lo ha dicho con tanta serenidad y con tanta destreza su voz quebrada lo ha dicho con tanta destreza que queda claro que estos pájaros pueden ser cualquier otra cosa pero también son ingleses, él lo ha dicho, ha recuperado la claridad para decirlo. El hombre tiene la mirada turbia, como entorpecida, te mira y al

tiempo olvida haberte mirado, eso es lo que dice la mirada, olvida haberte mirado, y tú la esquivas como si la mirada que cae sobre ti fuera otra vez tu propia mirada pero ya una mirada de la edad del sufrimiento que este hombre padece o tiene precisamente a esta hora de la tarde cuando toca en tu casa, te levanta de donde estás escribiendo y ya tú eres él, tienes sus ojos, su angustia, su memoria, tienes su propio modo de andar y despedirse.

El hombre eres tú, te despiertas de pronto, el ordenador Vaio vacío, el mar reverbera, lo ves irse o volver y eres tú, lo tienes ante el espejo.

Tú te adelantas en tu propia silla de ruedas y él empieza a decirte, eran dos pájaros ingleses y uno le dice al otro, y ni la memoria ni él respondían al impulso torpe de su voluntad, así que él volvía sobre su historia, hasta que al final se rindió ante sí mismo, otro día te lo cuento, Juanito.

La mujer que le asiste se lo llevó de la mano, su ropa limpia, su pulóver blanco, su camisa azul y su mirada desvaída, se va hacia el muelle, allí mirará al vacío por donde se van los pájaros cuya historia también se le ha olvidado mientras te la iba contando..., pero mientras él te iba contando esa historia en susurros tú ibas tratando de adivinar qué le ocurrió a los pájaros ingleses, y los veías subir y bajar de una cucaña, pájaros con los pechos encarnaditos, tabobos que cagan en pleno vuelo, tabobos que tú tratas de parar en pleno vuelo con la fuerza de tus dedos enlazados, los pájaros de los nidos, tú subes a buscarlos, están aquí, mantienen sus huevos intactos, bajo el calor de sus propias plumas, y entonces alguien te grita, ¡deja ese pájaro!, y tú lo vas a dejar en el nido, hasta que alguien lanza una pedrada enorme, sucia, una pedrada del barranco o del camino, y lo siguiente que sabes es sangre y hos-

---

pital y puntos, otra vez estos puntos que ahora, tantos años después, dibujan sobre la planta de tu pie, después de un accidente en la isla de Lobos, una especie de araña que camina perpendicular a tus dedos, el médico va cosiendo y cosiendo y tú escuchas el sonido sibilante de la máquina de coser en los pantalones de dril; el hombre cose y cose y tú estás de espaldas, oyes el sonido y poco a poco la herida queda cosida, ya puedes pisar, el dolor vendrá luego.

La anestesia es el olvido, en este momento la anestesia es el olvido. El hombre eres tú, tantos años más tarde; pero ahora escribes, estabas a punto de tomar un avión a Londres, pero ahora escribes, apresas el tiempo, pero el tiempo te invade, está en tu contra. Ahora te vas, pero aquí estás, frente al mar que reverbera.

«¿Y qué se hizo del pájaro?», le preguntas al hombre, sigue en su silla de ruedas, tú le miras, ojos profundos, azules y tierra y marrones y azules y tierra, sus ojos como tus ojos; el hombre te dice: «Salió a volar, despavorido, y allí se quedaron las crías», tú sigues su historia, no le dices, pero tú conociste al pájaro, te sabes su historia, mi madre se llevó las crías a casa, les puso calor y fueron creciendo, tomaban leche de la cabra, los Pájaros del Nido los llamó ella, durante meses los Pájaros del Nido venían a hacerme compañía, cantaban desde el amanecer, mi madre los cuidaba como si fuera también para ella el resultado de una aventura y de una herida, imagino; decía ella que aunque los suelten jamás se irán de aquí, dónde van a tratarlos como los tratas tú, pero un día se los comió el gato en el patio, mi madre no me contó tampoco cuánto lloró por ellos, y la compañía que le hacían a Juanillo, bueno, hijo, ya te cantarán otros pájaros.

Pero no como éstos.

Se fueron los pájaros, se los comió el gato.

---

Algún día tendrás otros pájaros iguales.

Yo sé que no, yo sé que no.

Los pájaros son el tiempo, eso se ve, duran lo que dura el tiempo, no hay más que verlos huir.

No, nunca hay dos pájaros iguales, ¿tú has visto alguna vez que una cosa sea igual que otra?

Sí, las máquinas de coser, las tazas, los teléfonos, las radios...

Fíjate bien y verás que no.

Nunca hay dos pájaros iguales, ni dos tiempos que son el mismo tiempo. Se acaba y a joderse.

Se acaba y a joderse, se está acabando; mira el mar, ya es gris, se acaba también el mar.

Aunque ruja.

Así que no te cuesta nada imaginar el trino de los pájaros, no te cuesta nada imaginar cómo hablan en el cuento que este hombre te va contando. «Los pájaros se tienen que ir», te dice, y él se va levantando, ya lleva ironía en los ojos, los ojos de pronto regresan, como desde una revelación o desde una lucidez súbita, rabiosa, a la tristeza de la que tú le quieres rescatar con una broma; él ríe, te pone la mano en el hombro: «Nos veremos y te contaré el final de la historia de los pájaros ingleses». Ahora se tienen que ir, él, la mujer que le acompaña; me retira lentamente la mano del hombro, la devuelve a su regazo; ahora es una mano modesta, pero pesaba cuando acarició mi hombro por última vez. Le digo adiós con la mano; él me bendice, ríe. Vete con Dios, Juanito.

«Los Pájaros del Nido se tienen que ir», dice desde la puerta, el atardecer recorta su figura flaca y se va yendo y tú te quedas, vuelves a lo que hablaste con él, escribes como si huyeras de la evidencia de la soledad ajena para refugiarte en la propia, él se va, tú te quedas, la sombra del

---

garaje se olvida del mar. Yo estoy aquí, en la sombra; el ordenador escupe ahora lo que quiere, mis dedos le siguen, soy un escriba involuntario, como si escribiera una carta que me dictas tú. Muchas veces me pediste que te contara esos años; ahora que veo cómo subo al avión que me lleva a Londres pienso que es el momento de escribir esa carta, como si hubiera regresado ya para siempre, como si no existiera otro futuro que el de este mar mirándome mientras escribo para saber de ti, para saber de mí, para saber del tiempo que me está tachando.

Esta tarde, digo, lo escribo, aquí está dicho, quiero pensar en ti.

Pero se resiste la escritura y se resiste la vida, así que cuando vuelvo a este ordenador oscuro como el sótano surge otra vez la imagen que acabo de ver, regresa con la fuerza de las sombras que quedan nítidas y para siempre en la memoria, y son memoria ya cuando se están haciendo, el hombre está ahí, es una presencia constante, como una piedra de mar, bañada siempre, bañada, cubierta del agua salada que corroe o sana, el agua perenne. Así que él me pregunta, mientras se sienta, qué has hecho todos estos días, más bien estos años, y en su rostro veo la desolación de su propio tiempo, como si me pidiera a mí mismo que hiciera memoria, que sustituyera con la mía su memoria interrumpida, fragmentada, la memoria como un espantapájaros, y cuando dice cómo te ha ido en todo este tiempo me fijo en su mano que tiembla, su labio inferior también tiembla, y yo le miro fijamente, como si aquí quisiera que su cuerpo adquiriera el equilibrio que él busca, en un instante parece que buscara también auxilio desde el fondo del mar, yo le noto la mano fría, se la acaricio, él viene de otro tiempo, me ha visto ir y venir, por eso me pregunta, qué ha sido de tu tiempo, qué has hecho con él. ¿Vas a contarlo?

Le agarro de un brazo, le doy la mano, le indico el sitio de la silla donde espero que al fin se aposente; no busco su tranquilidad, me digo, busco la suya, si le veo fuerte yo seré fuerte, pero le veo débil y yo soy débil, siempre me ha ocurrido así, con las enfermedades, con las heridas, con los perdedores, con los que llegan tarde, con los que están solos, con los que han perdido el tiempo, con los que han padecido la persecución de la calumnia o de la pérdida, con los que son parte del olvido: de todos los que hubiera en una manifestación o en un estadio o en un presidio o en un barco a la deriva yo sería el que va perdiendo.

Y yo era él en ese momento, él no lo sabía, no tenía por qué saberlo, yo era el hombre que deja caer su mano sobre mi hombro, me bendice desde su silla de ruedas, muestra sus canillas flacas y blancas, lleva un suéter blanco, una camisa azul, sus ojos son los que yo tuve, me dice adiós, yo soy él.

Yo era él, yo soy él, el que pierde, hago memoria para seguir, ésta es la carta, perdona tantas interrupciones, pero qué es escribir sino interrumpir una memoria.